

gracia nos interesa en la soledad de una tumba, todavía nos enternece más cuando vela al lado de una cuna, porque entonces no es ya el recuerdo de una cosa que pasó, de una criatura miserable, pero que ha cesado de sufrir, sino que es una penosa realidad que entristece una edad que sólo debía conocer la alegría, y amenaza a toda una vida que nada le ha hecho y que no ha merecido sus rigores.

»Para vos, señora, hay en vuestras adversidades una autoridad poderosa. Vos, bañada en la sangre de vuestro esposo, habéis llevado en vuestro seno al niño que la política llamó *el hijo de Europa* y la religión *el hijo del milagro*. ¡Qué influencia no ejerceréis sobre la opinión cuando se os ve guardar sólo para el huérfano desterrado la pesada corona que Carlos X sacudió de su encanecida cabeza, y a cuyo peso se substrajeron otras dos frentes bastante abrumadas de dolores para que les fuera permitido apartar de sí esa nueva carga! Vuestra imagen se presenta a nuestra memoria con esas gracias de mujer, que, asentadas sobre el trono, parecen ocupar su sitio natural. El pueblo no abriga contra vos prevención alguna; compadece vuestros pesares; admira vuestro valor; conserva el recuerdo de vuestros días de luto, agradeciendo que os mezclaseis más tarde en sus placeres y que compartieseis sus gustos y sus regocijos; halla un encanto en la vivacidad de esa francesa extranjera, venida de una nación unida a nuestras glorias por las jornadas de Fornoue, de Marignan, de Arcola y de Marengo. Las musas echan de menos a su protectora, nacida bajo ese hermoso cielo de Italia que le inspiró el amor a las artes, e hizo de una hija de Enrique IV una hija de Francisco I.

»Francia, desde la Revolución, ha cambiado con frecuencia de directores, y no ha visto todavía a una mujer en el timón del Estado. Tal vez querrá Dios que las riendas de este pueblo indomable, escapadas de las manos devoradoras de la Convención, rotas en las manos victoriosas de Bonaparte, cogidas inútilmente por Luis XVIII y Carlos X, sean sostenidas por una joven princesa, que sepa hacerlas a la vez menos frágiles y más ligeras.»

Recordando, por último, a *Madama*, que había querido pensar en mí para formar parte del gobierno secreto, concluyo así mi carta:

«En Lisboa existe un magnífico monumento, sobre el cual se lee este epitafio: *Aquí yace Basco Figueira contra su voluntad*. Mi mausoleo será modesto, y no descansaré en él contra mi voluntad.

»Ya sabéis, señora, el orden de ideas en que veo la posibilidad de una restauración: las demás combinaciones estarían fuera del alcance de mi talento, y confesaría mi insuficiencia. *Ostensiblemente*, y proclamándome el hombre de vuestra elección, de vuestra confianza, es como encontraría yo alguna fuerza; pero ser ministro plenipotenciario nocturno, encargado de negocios cerca de las tinieblas, es cosa para la que no me siento con la menor aptitud. Si V. A. R. me nombrara públicamente su embajador cerca del pueblo de la *nueva Francia*, escribiría en gruesos caracteres sobre mi puerta: *Legación de la antigua Francia*. Sucedería lo que Dios quisiera; pero nada tendría que ver con adhesiones secretas: yo sólo sé hacerme culpable de fidelidad en flagrante delito.

»Señora, sin que rehuse a V. A. R. los servicios que tiene derecho a exigir de mí, le suplico que apruebe el proyecto que he formado de concluir mis días en el retiro. Mis ideas no pueden convenir a personas que poseen la confianza de los nobles desterrados de Holy-Rood: el mejor pasado y la antipatía lógica contra mis principios y mi persona renacerían con la prosperidad. Yo he visto rechazar los planes que presenté para el engrandecimiento de mi patria, para dar a Francia fronteras en las que pudiera existir al abrigo de las invasiones, para substraerla a la vergüenza de los tratados de Viena y de París. Me he oído llamar renegado cuando defendía a la religión; revolucionario cuando luchaba por fundar el trono sobre la base de las libertades públicas. Encontraría los mismos obstáculos, aumentados con el odio que los leales de la corte, ciudad y provincia hubieran concebido por la lección que les dió mi conducta en el día de la prueba. Tengo muy poca ambición y demasiada necesidad de descanso para hacer de mi adhesión una carga para la corona e imponerle mi presencia importuna. He cumplido mis deberes sin pensar ni por un momento que pudieran darme derecho al favor de una familia augusta: me considero feliz en que me haya permitido abrazar sus infortunios. Nada veo superior a este honor: ella no podrá encontrar servidor más celoso que yo, aunque

si otros más jóvenes y más hábiles. No me creo un hombre necesario, y creo que hoy ya no los hay; inútil para el presente, marchó a la soledad a ocuparme del pasado. Espero, señora, vivir todavía lo bastante para añadir a la historia de la Restauración la página gloriosa que promete a Francia vuestros futuros destinos.

»Soy, señora, con el más profundo respeto, de V. A. R. su más humilde y obediente servidor,

»CHATEAUBRIAND.»

La carta tuvo que aguardar un correo seguro: pasó el tiempo, y añadí a mi despacho la posdata siguiente:

«Paris, 12 de abril de 1832.

»Señora: Todo envejece pronto en Francia: cada día abre nuevas eventualidades a la política y empieza otra serie de acontecimientos. Nos encontramos ahora en la enfermedad del señor Perier y en el azote de Dios. He enviado al prefecto del Sena la suma de doce mil francos, que la hija proscripta de San Luis y de Enrique IV ha destinado al alivio de los desgraciados. ¡Qué digno empleo de su noble indigencia! Me esforzaré, señora, en ser el fiel intérprete de vuestros sentimientos. No he recibido en mi vida una misión con que me haya creído más honrado.

»Soy, con el más profundo respeto, etcétera.»

Antes de hablar del asunto de los doce mil francos para los *coléricos* que menciona la anterior posdata, hay que hablar del cólera. En mi viaje a Oriente no encontré la peste, la cual vino a visitarme a mi domicilio: la fortuna, en pos de la que había yo corrido, me aguardaba sentada a mi puerta.

INCIDENTES. — PESTES. — EL CÓLERA. — LOS DOCE MIL FRANCO DE LA DUQUESA DE BERRY. — MUESTRAS.

País, calle del Infierno, mayo de 1832.

En la época de la peste de Atenas, el año 431 antes de la era cristiana, habían ya asolado al mundo veintidós grandes pestes. Los atenienses se figuraron que habían sido envenenados los pozos; creencia popular renovada en todos los contagios. Tucídides nos ha dejado una

descripción del azote de Ática, copiada entre los antiguos por Lucrecio, Ovidio, Virgilio, Lucano, y entre los modernos por Boccaccio y Manzoni. Es digno de notar que con motivo de la peste de Atenas no habla Tucídides una palabra de Hipócrates, así como tampoco nombra a Sócrates hablando de Alcibiades. Aquella peste atacaba primero a la cabeza, descendía al estómago, de allí a las entrañas, y, por último, a las piernas: si salía por los pies, después de haber recorrido todo el cuerpo, como una larga serpiente, se curaba. Hipócrates la llamó el mal divino, y Tucídides *el fuego sagrado*; ambos la miraron como el fuego de la cólera celeste.

Una de las pestes más espantosas fué la de Constantinopla en el siglo v, durante el reinado de Justiniano. El cristianismo había modificado ya la imaginación de los pueblos, dando nuevo carácter a una calamidad, así como había cambiado la poesía: los enfermos creían ver vagar espectros a su alrededor y oír voces amenazadoras.

La peste negra del siglo xiv, conocida con el nombre de la *muerte negra*, tuvo su origen en la China: se creía que corría bajo la forma de un vapor de fuego, esparciendo un olor pestífero. Se llevó las cuatro quintas partes de los habitantes de Europa.

En 1575 cayó sobre Milán el contagio que hizo inmortal la caridad de San Carlos Borromeo. Cincuenta años más tarde, en 1629, aquella infortunada ciudad fué nuevamente visitada por las calamidades de que Manzoni ha hecho una pintura muy superior al cuadro de Boccaccio.

En 1660 se renovó el azote en Europa, y en estas dos pestes de 1629 y de 1660 se reprodujeron los mismos síntomas de delirio de la peste de Constantinopla.

«Marsella — dice el señor Lemontey —, salía en 1720 del seno de las fiestas que habían señalado el paso de la señorita de Valois, casada con el duque de Módena. Al lado de aquellas galeras, adornadas aún con guirnaldas y cargadas de músicos, flotaban algunos buques que traían de los puertos de la Siria la más terrible de las calamidades.»

El buque fatal de que habla el señor Lemontey presentó una patente limpia, y fué admitido por un momento a pláti-

ca. Ese instante bastó para infectar la atmósfera: una tempestad acrecentó el mal, y se difundió la peste entre truenos.

Se cerraron las puertas de la ciudad y las ventanas de las casas. En medio del silencio general se oía de vez en cuando abrirse una ventana y caer un cadáver: las paredes se manchaban con su sangre gangrenada, y los perros sin dueño lo esperaban abajo para devorarlo. En un barrio en que habían perecido todos sus habitantes fueron tapiados a domicilio, como para impedir a la muerte que saliera. De esas calles de grandes sepulcros de familias, se pasaba a encrucijadas, cuyo suelo estaba cubierto de enfermos y moribundos tendidos en colchones y abandonados, sin socorro. Esqueletos medio podridos yacían al lado de viejos harapos manchados de barro: algunos cadáveres permanecían de pie, apoyados contra las paredes, en la misma actitud en que la muerte les sorprendió.

Todo había huído, hasta los médicos: el obispo, señor de Belsunce, escribía: «Debieran abolirse los médicos, o, al menos, darnos otros más hábiles y menos miedosos. Me ha costado mucho trabajo hacer sacar ciento cincuenta cadáveres medio podridos que había alrededor de mi casa.»

Los presidiarios se negaban a desempeñar sus fúnebres deberes: el apóstol subió en uno de sus carros, se sentó encima de una porción de cadáveres, y ordenó a los presidiarios que marcharan: la muerte y la virtud caminaban al cementerio conducidas por el crimen y el vicio, asustados y llenos de admiración. En la explanada de Tourette, a orillas del mar, se habían ido amontonando, por espacio de tres semanas, cuerpos muertos que, expuestos al sol y fundidos por sus rayos, ofrecían el espectáculo de un lago apestado. En aquella superficie de carnes líquidas, sólo los gusanos imprimían algún movimiento a formas apiñadas, indefinibles, que podían haber sido efigies humanas.

Cuando el contagio empezó a ceder, el señor de Belsunce, al frente de su clero, se trasladó a la iglesia de los *Acoules*; subido en una explanada, desde donde se veía Marsella, los campos, los puertos y el mar, dió la bendición, como el papa en Roma bendice la ciudad y el mundo. ¿Qué mano más poderosa ni más pura podía hacer bajar sobre tantas desgracias las bendiciones del cielo?

Así fué como la peste devastó Marsella, y cinco años después de aquellas calamidades, colocaron sobre la fachada de la casa de la ciudad la inscripción siguiente, como esos pomposos epitafios que se leen sobre un sepulcro:

*Massilia Phocensium filia, Romæ soror,
Carthaginiis terror, Athenarum æmula.*

El cólera, que salió del delta del Ganges en 1817, se propagó en una extensión de dos mil doscientas leguas de Norte a Sur y de tres mil quinientas de Oriente a Occidente, invadiendo mil cuatrocientas poblaciones y arrebatando cuarenta millones de individuos. Se ha publicado un mapa de la marcha de este conquistador: empleó quince años en llegar de la India a París; esto es marchar tan a prisa como Bonaparte, que empleó, poco más o menos, el mismo número de años en pasar de Cádiz a Moscou, y no hizo perecer más que dos o tres millones de hombres.

¿Qué es el cólera? ¿Es un viento mortal? ¿Son insectos que tragamos y nos devoran? ¿Qué es esa gran muerte negra armada de su guadaña que, atravesando montes y mares ha venido, como una de esas terribles pagodas adoradas a orillas del Ganges, a atropellarnos a orillas del Sena, bajo las ruedas de su carro? Si ese azote hubiera caído en medio de nosotros en un siglo religioso, y se hubiera ensanchado en la poesía de las costumbres y de las creencias populares, hubiera dejado un cuadro interesante. Figúrese el lector un paño mortuorio ondeando a modo de bandera en lo alto de las torres de Nuestra Señora; el cañón haciendo oír por intervalos disparos solitarios para advertir al imprudente viajero que se aleje; un cordón de tropas rodeando la ciudad sin dejar salir ni entrar a nadie; las iglesias llenas de una multitud doliente; los sacerdotes rezando día y noche las oraciones de una continua agonía; el viático llevado de casa en casa con hachas y campanillas; las campanas haciendo oír continuamente su lúgubre clamoreo; los frailes, con su crucifijo en la mano, llamando en las encrucijadas al pueblo a la penitencia, predicando la cólera y el juicio de Dios, manifestados en aquellos cadáveres, ya ennegrecidos por el fuego del infierno.

Luego, las tiendas cerradas, el pontífice rodeado de su clero, dirigiéndose con los respectivos sacerdotes a la cabeza de

su parroquia a tomar la caja de Santa Genoveva; las santas reliquias paseadas alrededor de la ciudad, precedidas de la larga procesión de las distintas órdenes religiosas, cofradías, gremios de artesanos, congregaciones de penitentes, hermandades de mujeres veladas, alumnos de la Universidad, curas de los hospicios, soldados sin armas o con las picas vueltas; el *Miserere*, cantado por los curas, mezclándose a los cánticos de las jóvenes y de los niños; todos, a ciertas indicaciones, prosternándose en silencio y levantándose para hacer oír nuevos lamentos.

Nada de eso: el cólera ha llegado a nosotros en un siglo de filantropía, de incredulidad, de periódicos, de administración material. Ese azote sin imaginación no encontró ni antiguos claustros, ni religiosos, ni bóvedas, ni sepulcros góticos: como el terror en 1793, se paseó con aire burlón a la luz del día, en un mundo completamente nuevo, acompañado de su boletín, que refería los remedios que se habían empleado contra él, el número de víctimas que había hecho, en dónde estaba, las esperanzas que se tenían de verle concluir, las precauciones que debían tomarse para ponerse a cubierto de él, lo que se debía de comer, cómo se había de vestir... Y todos seguían ocupándose en sus negocios, y los teatros estaban llenos. Vi en la barrera borrachos, sentados delante de la puerta de la taberna, bebiendo junto a una mesita de madera, y gritando con las copas en alto: «¡A tu salud, *Morbo!*» Morbo, en reconocimiento, acudía, y aquellos caían muertos debajo de la mesa. Los muchachos jugaban al cólera, y le llamaban el *Nicolas Morbo* o el *malvado Morbo*. El cólera tenía su terror; un sol brillante, la indiferencia de la gente, el movimiento ordinario de la vida, que continuaba por todas partes, daban a aquellos días de peste un carácter nuevo y otra especie de espanto. Se notaba un malestar en todos los miembros; un viento Norte, seco y frío, se caba a las personas: la atmósfera tenía cierto sabor metálico que se agarraba a la garganta. En la calle de Cherche-Midi los furgones del depósito de artillería hacían el servicio de los cadáveres. En la calle de Sèvres, enteramente devastada, especialmente por un lado, iban y venían los carros de muertos de puerta en puerta, sin poder dar cumplimiento a las demandas. Gritaban por las ventanas:

«¡Carro, aquí!», y el conductor respondía que iba cargado y no podía servir a todos. Un amigo mío, el señor Pouqueville, viniendo a comer a mi casa el día de Pascua, al llegar al bulevar de Mont-Parnasse, fué detenido por una serie de ataúdes, llevados casi todos en hombros. En aquella procesión vió el ataúd de un joven, sobre el que había una corona de rosas blancas. Un olor a cloro formaba una atmósfera infestada que dejaba rastro en pos de aquel florido ataúd.

En la plaza de la Bolsa, donde se reunían grupos de artesanos que cantaban la *Parisiense*, se vió muchas veces hasta las once de la noche desfilar entierros hacia el cementerio de Montmartre, al resplandor de los hachones de breá. El Puente Nuevo estaba atestado de camillas cargadas de enfermos para los hospitales o de muertos que habían expirado en el camino. Se encontraban carruajes cubiertos con un toldo y precedidos de un recogedor de apestados, delante de los cuales iba un oficial del estado civil con una lista en la mano. Llegaron a faltar estos empleados, y fué necesario llamar otros de Saint-Germain, La Vilette y Saint-Cloud. Además, los carros de muertos contenían cinco o seis ataúdes, sujetos con cuerdas. Omnibus y fiacres servían para el mismo uso, y no era extraño ver un cabriolé adornado con un cadáver tendido en la delantera. Algunos difuntos eran presentados en las iglesias, y un sacerdote rociaba con agua bendita aquellos fieles reunidos para la eternidad.

En Atenas creyó el pueblo que los pozos inmediatos al Pireo habían sido envenenados; en París se acusó a los comerciantes de haber envenenado los vinos, los licores, los confites y los comestibles. Muchas personas fueron asesinadas, arrastradas por la calle y precipitadas en el Sena. Las autoridades tuvieron que echarse en cara avisos torpes o culpables.

¿Cómo ese azote, cual chispa eléctrica, pasó de Londres a París? No podría explicarse. Esa muerte caprichosa se adhiere muchas veces a un punto del suelo, a una casa, y deja intactos los alrededores de aquel lugar infectado; en seguida retrocede, y vuelve a coger lo que había olvidado. Una noche me sentí atacado; se apoderó de mí un escalofrío con calambres en las piernas; no quise llamar por temor de asustar a la señora de Chateaubriand. Me levanté; eché en la cama toda cuanta ropa encontré en el

cuarto, y metiéndome otra vez en ella, me sacó del apuro un sudor abundante. Pero me quedé destroncado, y en esta situación de malestar me vi obligado a escribir mi folleto sobre los doce mil francos de la duquesa de Berry.

No habría sentido gran cosa el haberme ido, llevado bajo del brazo de ese hijo primogénito de Vichnú, cuya mirada lejana mató a Bonaparte en su roca a la entrada del mar de las Indias. Si todos los hombres atacados de un contagio llegaran a morir, ¿qué sucedería? Nada: la tierra despoblada continuaría su camino solitario, sin necesitar otro astrónomo para contar sus pasos, más que el que los midió desde la eternidad; no presentaría cambio alguno a los habitantes de los demás planetas, los cuales la verían cumplir sus funciones acostumbradas: sobre su superficie, en nuestras pequeñas obras, nuestras ciudades, nuestros monumentos serían reemplazados por selvas entregadas a la soberanía de los leones: ningún vacío aparecería en la tierra. Y, sin embargo, habría de menos esa inteligencia humana que conoce los astros y se eleva hasta el conocimiento de su autor. ¡Qué sois, vos, pues, oh inmensidad de las obras de Dios, en las que el genio del hombre, que equivale a la naturaleza entera, si llegara a desaparecer, no haría más falta que el mejor átomo desprendido de la creación!

La duquesa de Berry tiene su pequeño consejo en París como Carlos X tiene el suyo; se recogían en su nombre modestas sumas para socorrer a los realistas más pobres. Propuse que se distribuyera entre los coléricos una suma de doce mil francos de parte de la madre de Enrique V. Escribióse a Massa, y no sólo aprobó la princesa la disposición de los fondos, sino que hubiera deseado que se repartiera una cantidad más considerable; su aprobación llegó el mismo día en que envié el dinero a las alcaldías. Todo es, por lo tanto, exactamente verdadero en mis explicaciones sobre el donativo de la desterrada. El 14 de abril envié al prefecto del Sena la suma íntegra para que fuera distribuída entre la clase indigente de la población de París atacada del contagio. El señor de Bondy no se encontraba en la casa de la ciudad cuando le fué llevada mi carta. El secretario general la abrió, y no se creyó autorizado para recibir el dinero. Transcurrieron tres días, al cabo de los cuales me contestó el señor de Bondy que no

podía aceptar los doce mil francos, porque se veía en ello, bajo una beneficencia aparente, una combinación política, contra la que la población parisiense habría de protestar en masa con su repulsa. Entonces mi secretario pasó a las doce alcaldías. De los cinco alcaldes presentes, cuatro aceptaron el donativo de mil francos y uno lo rehusó. De los siete alcaldes ausentes, cinco guardaron silencio, y dos rehusaron. En seguida me vi sitiado por un ejército de indigentes; establecimientos de beneficencia y de caridad, artesanos de todas clases, mujeres y niños, polacos e italianos desterrados, escritores, artistas, militares, todos escribieron, todos reclamaron una parte del beneficio. Si hubiera tenido un millón, habría sido distribuído en pocas horas. El señor de Bondy se equivocaba al decir que la población de París protestaría en masa con su repulsa: la población de París aceptará siempre el dinero de todo el mundo. Mi correspondencia con los alcaldes se prolongó por la complicación de la repulsa del prefecto de París. Algunos me escribieron enviándome mi dinero o reclamándome sus recibos del donativo de la señora duquesa de Berry. Yo se los envié lealmente, dando el siguiente resguardo al alcalde del duodécimo distrito:

«He recibido de la alcaldía del distrito duodécimo la suma de mil francos, que aquélla había aceptado primero y me ha devuelto por orden del prefecto del Sena.

«París, 22 de abril de 1832.»

El alcalde del distrito noveno, señor Cronier, tuvo más valor y conservó los mil francos, cosa que le valió ser destituido. Le escribí este billete:

«29 de abril de 1832.»

«Caballero: He sabido con el mayor sentimiento la desgracia de que el beneficio de la duquesa de Berry ha sido para usted causa o pretexto. Para consolarse tendrá usted la estimación pública, la conciencia de su independencia y la felicidad de haberse sacrificado a la causa de los desgraciados.

«Tengo el honor, etc.»

El alcalde del distrito cuarto era un hombre muy distinto; el señor Cadet de Gassicourt, poeta-farmacéutico, autor de composiciones ligeras, que escribió en su época, en el tiempo de la libertad y del Imperio, una agradable declaración clá-

sica contra mi prosa romántica y la de madama de Staël; el señor Cadet de Gassicourt fué quien tomó por asalto la cruz del pórtico de Saint-Germain-l'Auxerrois, y el que en una proclama sobre el cólera dió a entender que esos pícaros carlistas podían ser muy bien los que envenenaban el vino, y a los que el pueblo había sabido ya hacer justicia. El ilustre campeón me escribió la siguiente carta:

«París, 18 de abril de 1832.»

«Caballero: Estaba ausente de la alcaldía cuando se presentó en ella la persona que había usted enviado: esto le explicará el retraso que ha sufrido mi contestación.

«No habiendo el prefecto del Sena aceptado el dinero que se encargó de ofrecerle, me parece que ha trazado la conducta que debemos seguir los miembros del consejo municipal. Imitaré el ejemplo del señor prefecto, con tanto más motivo, cuanto que creo conocer y participo por completo de los sentimientos que han debido motivar su repulsa.

«No me haré cargo, sino de paso, del título de *alteza real* que da usted con alguna afectación a la persona de que se constituye usted órgano: la hija política de Carlos X no es una *alteza real* en Francia, porque su suegro no es rey. Pero, caballero, no hay nadie que no esté moralmente convencido de que esa señora obra con mucha actividad, y esparré sumas mucho más considerables que la que ha sido usted encargado de distribuir, para producir disturbios en nuestro país y hacer estallar en él la guerra civil. La limosna que pretende hacer es sólo un medio de atraer hacia ella y hacia su partido una atención y una benevolencia que sus intenciones están lejos de justificar. No encontrará usted, pues, extraño que un magistrado sumamente adicto a la monarquía constitucional de Luis Felipe rehuse un socorro que procede de semejante origen y busque en verdaderos ciudadanos unos beneficios más puros, destinados sinceramente a la humanidad y a la patria.

«Soy, con la mayor consideración, etc.»

«F. CADET DE GASSICOURT.»

¡Ese ataque del señor Cadet de Gassicourt contra aquella señora y contra su padre político es muy digno! Con el mismo desdén por las preocupaciones

aristocráticas, me suprime el *de*, apoderándose de él como de una conquista hecha sobre la nobleza. Pero, ¿no habrá habido algunas antiguas rivalidades, algunas antiguas disensiones históricas entre la casa de los Cadet y la de los Capet (Capetos)? Enrique IV, abuelo de ese padre político, que no es más rey que esa señora es alteza real, atravesaba un día la selva de Saint-Germain: ocho señores se habían emboscado en ella para matar al Bearnés y fueron aprehendidos. «Uno de esos galanes — dice l'Etoile —, era un boticario que pidió hablar al monarca, y el que, habiendo preguntado S. M. de qué profesión era, respondió que boticario. «Pues qué — exclamó el rey —, ¿se acostumbra aquí hacer profesión de boticario? ¿Acecháis a los caminantes para...?» Enrique IV era soldado; el pudor no le contuvo; y no retrocedía ante una palabra como no retrocedía ante el enemigo.»

Sospecho que el señor de Gassicourt, en vista de su acrimonia contra el nieto de Enrique IV, sea nieto del boticario de la Liga. Los hombres que hicieron caer una encina, vuelta a plantar demasiado vieja para que echara de nuevo raíces, se dirigieron a mí pidiéndome algún dinero de la viuda para comprar pan; la carta de la comisión de los condecorados de julio es un documento digno de ser conservado para enseñanza del porvenir.

«París, 20 de abril de 1832.»

«Señor vizconde: Los individuos de nuestra comisión acuden con confianza a rogarle tenga a bien honrarlos con un donativo en favor de los condecorados de julio. Padres de familia desgraciados, en estos días de peste y de miseria, la beneficencia inspira la más sincera gratitud. Nos atrevemos a esperar que sentirá usted en dejar poner su nombre al lado de los del general Bertrand, el general Exelmans, el general Lamarque, el general La Fayette y varios embajadores, pares de Francia y diputados.

«Le suplicamos nos dé alguna contestación; y si, contra lo que esperamos, nuestra súplica no fuera atendida, tenga la bondad de devolvernos la presente.

«Le rogamos, señor vizconde, que se digne recibir el homenaje de nuestros respetuosos saludos.

«Los miembros activos de la comisión constitutiva de los condecorados de julio:

«El visitador, FAURE.

»El comisionado especial, CIPRIANO DESMARAIS.

»El secretario gerente, GIBERT-ARNAUD.

»El adjunto, TOUREL.»

Apresuráme a enviar cien francos a aquellos señores, con este billete:

«París, 22 de abril de 1832.

»Señores: Les agradezco infinitamente que se hayan dirigido a mí para que socorra a algunos padres de familia desgraciados. Me apresuro a enviarles la cantidad de cien francos, y siento no poderles ofrecer un donativo más considerable.

»Tengo el honor, etc.

»CHATEAUBRIAND.»

Me enviaron al momento el siguiente recibo:

«Señor vizconde: Tengo el honor de darle las gracias y enviarle el recibo de la cantidad de cien francos que sus bondades destinan a socorrer a los desgraciados de julio.

»Salud y respeto.

»El secretario gerente de la comisión, GIBERT-ARNAUD.»

»23 de abril.»

Quedábanme todavía cuatro mil francos de los doce. Me dirigí a la religión, y el señor arzobispo de París me escribió esta noble carta:

«París, 26 de abril de 1832.

»Señor vizconde: La caridad es católica como la fe, extraña a las pasiones de los hombres e independiente de sus movimientos: uno de los principales caracteres que la distinguen es, según San Pablo, no pensar el mal, *non cogitat malum*. Ella acepta con un profundo y sensible reconocimiento el donativo que la augusta viuda le encargó confiarle para ser empleado en el alivio de nuestros desgraciados hermanos, víctimas del azote que asola a la capital, y hará con la más exacta escrupulosidad el reparto de los cuatro mil francos que me ha entregado usted de su parte, de los que mi carta es un nuevo resguardo, y de los que tendré el honor de enviarle un estado de la distribución tan pronto como hayan quedado cumplidas las intenciones de la bienhechora.

»Tenga la bondad, señor vizconde, de

transmitir a la señora duquesa de Berry la expresión de agradecimiento de un pastor y de un padre, que cada día ofrece a Dios su vida por sus ovejas y sus hijos, invocando por todas partes los auxilios capaces de igualar a sus miserias. Su regio corazón habrá encontrado, indudablemente, ya en sí mismo la recompensa del sacrificio que ella consagra a nuestros infortunios: la religión le asegura también el afecto de las divinas promesas consignadas en el libro de las bienaventuranzas para los *misericordiosos*.

»Reciba, señor vizconde, la seguridad, etc.

»JACINTO, arzobispo de París.»

Admira ver lo bien que la religión se presta siempre al estilo, dando hasta a los lugares comunes una gravedad y conveniencia que se advierten desde luego. Esto contrasta con el hacinamiento de cartas anónimas que se mezclan a las que acabo de citar. La ortografía de esas cartas anónimas es bastante correcta y la letra es buena; son, hablando con propiedad, *literarias*, como la revolución de julio. Son las envidias, los odios, las vanidades, escritorzueros escudados con la inviolabilidad de una cobardía que, no mostrando el rostro, no se les puede hacer visibles con un bofetón.

MUESTRAS

«¿Querrás decirnos, viejo republicani-
llo, el día en que quieras engordar tus
pajarracos? Fácilmente te proporcionare-
mos grasa de chuanes, y si quisieras
sangre de tus amigos para escribir su his-
toria, no falta en el lodo de París, que
es su elemento.

»Viejo tunante, pregunta a tu malva-
do y digno amigo Fitz-James si la pe-
drada que recibió en la parte feudal le
ha dado gusto. Atajo de canallas, ya os
sacaremos las tripas, etc., etc.»

En otro anónimo se ve bien delineado
un cadalso en estas palabras:

«Ponte a los pies de un sacerdote y
haz el acto de contrición, porque se pide
tu vieja cabeza para acabar con tus tra-
iciones.»

El cólera dura aún; la respuesta que
yo dirigiera a un adversario conocido o
desconocido le llegaría quizá cuando es-

tuviese tendido en el umbral de su puer-
ta. Si estuviera, por el contrario, desti-
nado a vivir, ¿en dónde me llegaría su
réplica? Tal vez en ese lugar de reposo,
de que hoy nadie puede asustarse, y, so-
bre todo, los que hemos extendido nues-
tros años entre el terror y la peste, pri-
mero y último horizonte de nuestra vida.
Basta: dejemos pasar los féretros.

y víctimas para siempre ignorados de una
revolución memorable? ¿Se conoce la
sangre con que están cimentados los mo-
numentos que los hombres admiran? Los
trabajadores que construyeron la gran
pirámide para el cadáver de un monarca
sin gloria, duermen olvidados en la are-
na al lado de la indigente raíz que sirvió
para alimentarlos mientras trabajaban.

CORTEJO FÚNEBRE DEL GENERAL LAMARQUE.
— LA DUQUESA DE BERRY BAJA A PROVEN-
ZA Y LLEGA A LA VENDÉE.—MI PRISIÓN.
— PREFECTURA DE POLICÍA.

París, calle del Infierno, junio y julio de 1832.

El cortejo fúnebre del general Lamar-
que ha ocasionado dos jornadas sangrien-
tas, y la victoria de la casi legitimidad
sobre el partido republicano. Este parti-
do, dividido e incompleto, ha hecho una
resistencia heroica.

Se ha declarado a París en estado de
sitio; esto es, la censura en la mayor
escala posible; la censura a la manera
de la Convención, con la única diferencia
de que el tribunal revolucionario está
reemplazado por una comisión militar.
En 1832 se ha mandado fusilar a los que
ganaron la victoria en julio de 1830: se
ha sacrificado a esa misma escuela poli-
técnica y a esa misma artillería de la
guardia nacional que conquistaron el po-
der para los que hoy las persiguen, las
reniegan y las licencian. Los republica-
nos tienen seguramente sobre sí la falta
de haber preconizado medidas de anar-
quía y de desorden: pero, ¿por qué no
empleasteis brazos tan nobles en nues-
tras fronteras? Nos habrían librado del
ignominioso yugo extranjero. No habrían
quedado en París cabezas generosas,
exaltadas, fermentando y enardeciéndo-
se contra la humillación de nuestra po-
lítica externa y contra la mentida fe de
la nueva monarquía. Habéis sido inexo-
rables vosotros, que sin haber participa-
do de los peligros de las tres jornadas re-
cogisteis el fruto de ellas. Id ahora con
las madres a reconocer los cuerpos de
esos condecorados de julio, de quienes te-
néis destinos, riquezas y honores. ¡Jó-
venes, no todos obtenéis la misma suer-
te en las mismas riberas! Tenéis un se-
pulcro bajo la columnata del Louvre y
un lugar en el depósito público de cadá-
veres, los unos por haber arrebatado, los
otros por haber dado una corona. ¿Quién
conoce vuestros nombres, sacrificadores

Apenas sancionó la duquesa de Berry
la distribución de los doce mil francos,
se embarcó para su famosa aventura. El
levantamiento de Marsella se había
frustrado: sólo quedaba que hacer una
tentativa en el Oeste; pero la gloria van-
deana es una gloria aparte, que vivirá
en nuestros fastos. No obstante, las tres
cuartas partes y media de Francia han
elegido otra gloria; objeto de envidia o
de antipatía, la Vendée es una oriflama
venerada y admirada en el tesoro de San
Dionisio, bajo la que la juventud y el
porvenir no se alistarán ya en lo sucesivo.

Desembarcada *Madama*, como Napo-
león, en la costa de Provenza, no ha visto
volar la bandera blanca de campanario
en campanario: engañada en sus espe-
ranzas, se encontró casi sola en tierra
con el señor de Bourmont. El mariscal
quiso hacerla pasar otra vez la frontera
inmediatamente; pero ella pidió la no-
che para meditarlo: durmió bien entre
las rocas, al ruido del mar, y al día si-
guiente acarició una hermosa idea: «Ya
que estoy en el suelo de Francia, no me
iré de él: partamos para la Vendée.»
Avisado el señor de*** por un hombre
fiel, la tomó en su carruaje como si fuera
mujer suya; atravesó con ella toda la
Francia, y fué a dejarla en***, donde
permaneció algún tiempo en un castillo,
sin ser reconocida de nadie, a excepción
del cura del lugar: el mariscal Bourmont
debía reunirse con ella en la Vendée por
otro camino.

Instruidos de todo esto en París, fá-
cil nos era prever el resultado. La em-
presa tenía otro inconveniente para la
causa realista, y era descubrir la debili-
dad de esa causa y disipar ilusiones. Si
Madama no hubiese dejado a la Vendée,
Francia hubiera creído siempre que ha-
bía en el Oeste un campamento realista
en reposo, como yo le llamaba.

Pero, en fin, aun quedaba un medio
de salvar a *Madama* y echar un nuevo
velo sobre la verdad; era preciso que la
princesa marchara inmediatamente, y,
llegando con sus riesgos y peligros como

un valiente general que va a pasar revista a su ejército y a templar su impaciencia y ardor, declarar que había acudido para decir a sus soldados que no había llegado el momento de obrar, y que volvería a ponerse a su frente cuando la ocasión fuera propicia. *Madama* habría mostrado una vez un Borbón a los vandeanos, y las sombras de los Cathelineau, los Elbée, los Bonchamps, los La Rochejaquelein, los Charette se hubieran regocijado.

Reunióse nuestro comité, y mientras estábamos deliberando, llegó de Nantes un capitán que nos dijo el lugar habitado por la heroína. El capitán era un gallardo joven, valiente como un marino, original como un bretón. Desaprobaba la empresa, porque la encontraba insensata; pero decía: «Si *Madama* no se va, se trata de morir, y punto concluido; luego, señores del consejo, haced ahorcar a Wálter Scott, porque éste es el verdadero culpable.» Mi opinión fué la de que se escribiesen nuestros sentimientos a la princesa. El señor Berryer, que se disponía a ir a defender un pleito en Quimper, se ofreció generosamente a llevar la carta y ver a *Madama* si podía. Cuando fué preciso redactar el billete, nadie se cuidaba de escribirle, y me encargué de ello.

Nuestro mensajero partió, y esperamos los acontecimientos. Pronto recibí por el correo la siguiente carta, que no había sido cerrada, y que sin duda había sido leída por la autoridad:

«Angulema, 7 de junio.

»Señor vizconde: Había recibido y transmitido su carta del viernes último, cuando el prefecto del Loira Inferior me ordenó salir de Nantes. Estaba en camino y a las puertas de Angulema, cuando me condujeron a presencia del prefecto, quien me notificó una orden del señor de Montalivet para ser conducido de nuevo a Nantes, escoltado por la gendarmería. Desde mi salida de esta ciudad, fué declarado en estado de sitio el departamento del Loira Inferior, de modo que, por medio de esa traslación ilegal, me someten a las leyes excepcionales. Escribo al ministro solicitando que me haga llamar a París, y le envío la carta por este mismo correo. Parece haber sido mal interpretado mi viaje a Nantes. Juzgue en su prudencia si le parece conveniente hablar de ello al ministro. Le pido perdón

por hacerle esta súplica; pero no puedo dirigirme más que a usted.

»Crea, señor vizconde, en mi antigua y sincera amistad, así como en mi profundo respeto.

»Su afectísimo servidor,

»BERRYER, hijo.

»P. D. No hay momento que perder, si quiere usted ver al ministro. Me dirijo a Tours, donde esperaré hasta el domingo sus nuevas órdenes: puede transmitir las o por el telégrafo o por medio de un propio.»

En mi respuesta hice saber al señor Berryer el partido que yo había tomado:

«París, 10 de junio de 1832.

»Recibí, caballero, su carta, fechada en Angulema el 7 del corriente. Era ya demasiado tarde para ver al ministro de la Gobernación, como usted deseaba; pero le escribí en seguida, acompañándole su propia carta, incluida en la mía. Espero que la equivocación que ha dado margen a su detención sea reconocida en breve, y sea puesto en libertad y devuelto a sus amigos, en cuyo número le ruego me cuente. Mil recuerdos afectuosos, con la nueva seguridad de mi completo y sincero cariño.

»CHATEAUBRIAND.»

Mi carta al ministro de la Gobernación decía así:

«París, 9 de junio de 1832.

»Señor ministro de la Gobernación: Acabo de recibir la carta adjunta. Como es probable que no pudiera verle tan pronto como lo desea el señor Berryer, tomo la determinación de enviarle su carta. Su reclamación me parece justa: será tan inocente en París como en Nantes, y en Nantes como en París: la autoridad habrá de reconocer esto, y haciendo justicia a la reclamación del señor Berryer, evitará dar a la ley un efecto retroactivo. Me atrevo, señor conde, a esperarlo todo de su imparcialidad.

»Tengo el honor de ser, etc., etc.

»CHATEAUBRIAND.»

Un antiguo amigo mío, el señor Frisell, inglés, acababa de perder en Passy a su única hija, de edad de diez y siete años. Había yo ido el 19 de junio al entierro de la pobre Elisa, cuyo retrato

estaba terminando la linda señora Delessert, cuando la muerte dió en él su última pincelada. De vuelta a mi soledad, en la calle del Infierno, me había acostado lleno de esos melancólicos pensamientos que nacen de la asociación de la juventud, de la belleza y del sepulcro. El 16 de junio, a las cuatro de la mañana, un antiguo criado mío, llamado Bautista, entró en mi cuarto y se acercó a mi cama, diciéndome: «Señor, el patio está lleno de hombres que se han colocado en todas las puertas, después de obligar a Desbrosses a abrir la puerta cochera, y hay aquí tres señores que desean hablarle.» Apenas dijo estas palabras, entraron los señores, y acercándose el jefe a mi cama, me dijo que traía orden de prenderme y llevarme a la prefectura de policía. Le pregunté si había ya salido el sol, que era uno de los requisitos de la ley, y si era portador de una orden legal: nada me contestó acerca del sol, pero me presentó la siguiente notificación:

Copia:

PREFECTURA DE POLICÍA.

«De orden del rey:

»Nos, consejero de Estado, prefecto de policía,

»En virtud de las noticias que se nos han comunicado,

»Con arreglo al artículo 10 del código de procedimientos criminales:

»Requerimos al comisario de policía o a otro, en caso de no poder éste, para que se traslade a casa del vizconde de Chateaubriand y a todos los lugares donde sea necesario, acusado de complot contra la seguridad del Estado, a fin de buscar e incautarse de todos los papeles, correspondencias y escritos que contengan provocaciones a crímenes y delitos contra la paz pública, o sean susceptibles de examen, igualmente que todos los objetos sediciosos o armas que se encuentren en su poder.»

Mientras yo leía la declaración del gran complot contra la seguridad del Estado, de que yo, miserable, era acusado, el jefe de los agentes dijo a sus subordinados: «Señores, cumplan su deber.» El deber de aquellos hombres consistía en abrir todos los armarios, registrar todos los bolsillos, apoderarse de todos los papeles, cartas y documentos,

leer éstos, si es que podían, y descubrir las armas, como se decía en el mencionado mandamiento.

Después que leí éste, contesté, dirigiéndome al respetable jefe de aquellos ladrones de hombres y libertades: «Ya sabe usted que no reconozco su gobierno, y protesto contra la violencia que me hacen ustedes; pero, como no soy el más fuerte, y no tengo el menor deseo de andar a puñetazos con usted, voy a levantarme y a seguirles: tengan la bondad de sentarse.»

Me vestí, y sin tomar nada conmigo, dije al venerable comisario: «Estoy a sus órdenes. ¿Vamos a pie?» «No, señor; he cuidado de tomar un fiacre.» «Mucha bondad es ésa: marchemos; pero permítame que me despida de la señora de Chateaubriand. ¿Consentirá que entre solo en el cuarto de mi esposa?» «Le acompañaré hasta la puerta, y allí le esperaré.» «Muy bien.» Y bajamos.

Por todo el camino fui encontrando sus centinelas, habiendo colocado uno hasta en el bulevar, junto a una pequeña puertecilla que había al extremo de mi jardín. Díjele al jefe: «Muy inútiles eran todas esas precauciones, porque no tengo la menor intención de escaparme.» Los agentes habían revuelto mis papeles, pero nada encontraron. Mi gran sable de mameluco les llamó la atención; pero se hablaron por lo bajo, y acabaron por dejar el arma bajo un montón de *infolios* empolvados, entre los que yacía un crucifijo de madera amarilla que había yo traído de Tierra Santa.

Aquella pantomima casi me habría dado gana de reír, pero me hallaba cruelmente atormentado respecto de la señora de Chateaubriand. Todo el que la conoce sabe la ternura que me profesa, sus temores, la vivacidad de su imaginación y el delicado estado de su salud: aquel registro de la policía y mi prisión podían producirle un daño terrible. Ya había oído ella algún ruido, y la encontré sentada en su cama, escuchando toda asustada, cuando entré en su habitación a una hora tan extraordinaria.

«—¡Dios mío! — exclamó—: ¿estás enfermo? ¡Dios mío! ¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?»

Y le acometió un temblor. La abracé, sin poder apenas contener mis lágrimas, y le dije:

«—No es nada: es que vienen a buscarme para dar mi declaración como testigo en un asunto relativo a una causa de

impresión. Dentro de algunas horas habrá terminado, y vendré a almorzar contigo.»

El agente se había quedado junto a la puerta abierta, y presenciaba aquella escena. Al ir a ponerme en sus manos, le dije: «Ya ve, caballero, el efecto de su visita a una hora tan temprana.» Atravesé el patio con mis alguaciles: tres de ellos subieron conmigo en el carruaje; el resto de la escuadra nos seguía a pie. Así llegamos, sin obstáculo, al patio de la prefectura de policía.

El carcelero que debía encerrarme no se había levantado aún; despertáronle llamando al postigo de su cuarto, y fué a preparar mi cama. Mientras que estaba ocupado en su obra, me paseaba yo a lo largo del patio con el señor Leotaud, encargado de custodiarme. Hablábame, y me decía amistosamente, porque era hombre honrado: «Señor vizconde, tengo el honor de hacerle memoria; le he presentado las armas muchas veces cuando usted era ministro y venía al cuarto del rey: yo servía en los guardias de corps; pero, ¿qué quiere?, uno tiene esposa e hijos, y es preciso vivir.» «Tiene usted razón, señor Leotaud. ¿Cuánto le produce esto?» «Eso es según las prisiones, señor vizconde... Hay gratificaciones, y unas veces va bien y otras mal.»

Cuando estuvo dispuesta mi habitación, vino a avisarnos el carcelero, y el señor Leotaud, con sombrero en mano, me condujo hasta la puerta de la honrada morada, diciéndome, al dejarme en manos de mis guardianes: «Señor vizconde, tengo el honor de saludarle; hasta la vista.» Cerróse tras de mí la puerta de entrada. Precedido del carcelero que tenía las llaves, y de sus dos dependientes, que me seguían para impedirme que volviera atrás, llegué por una estrecha escalera al piso segundo. Un pequeño corredor obscuro me condujo a una puerta que abrió el llavero, y entré tras de éste en mi jaula. Preguntóme si necesitaba algo, y le dije que almorzaría dentro de una hora. Advirtióme que había un café y una fonda que suministraba a los presos todo cuanto quisieran, por su dinero. Rogué al guardián que me hiciera traer te, y, si era posible, agua caliente y fría y servilletas. Dile veinte francos anticipados, y se retiró respetuosamente, ofreciéndome volver.

Cuando me quedé solo, examiné mi cuarto: era más largo que ancho, y su altura podía ser de siete a ocho pies. Las

paredes, sucias y desnudas, estaban emborronadas con prosa y versos de mis predecesores, y especialmente con garrapatos de una mujer que prodigaba una gran cantidad de injurias al justo medio. Un jergón con sábanas no muy limpias ocupaba la mitad de mi cuarto: una tabla sostenida por dos maderos clavados en la pared y colocada dos pies más alta que el jergón, servía de armario para la ropa blanca, las botas y los zapatos de los presos: una silla y un mueble indecoroso componían el resto del mueblaje.

Mi fiel carcelero me trajo las servilletas y las vasijas con agua que le había encargado: le supliqué que quitara de la cama las sábanas sucias y la manta de lana amarillenta, se llevase el cubo que me sofocaba, y barrera mi cuarto después de regarlo. Quitadas todas las obras del justo medio, me afeité, me lavé perfectamente, y me mudé de ropa. La señora de Chateaubriand me había enviado un pequeño envoltorio, y arreglé su contenido en la tabla que había encima del jergón, como en el camarote de un buque. Después de hecho esto, llegó el desayuno, y tomé mi te en mi mesa *bien lavada*, que cubrí con una blanca servilleta. En seguida vinieron a recoger los utensilios de mi festín matutino, y me dejaron solo, debidamente encerrado.

Mi cuarto estaba alumbrado solamente por una ventana enrejada, colocada a mucha altura: puse mi mesa bajo aquella ventana, y me subí para respirar y gozar de la luz. Al través de las barras de mi jaula de ladrón únicamente divisaba un patio, o más bien un paraje obscuro y estrecho, y edificios sombríos, alrededor de los cuales revoloteaban murciélagos. Oía el chirrido de las llaves y cerrojos, los pasos de soldados, el movimiento de las armas, los gritos, las risas, las canciones desvergonzadas de los presos vecinos míos, los aullidos de Benoit, condenado a muerte por asesino de su madre, y de su obscuro amigo. Entre las exclamaciones confusas del miedo y del arrepentimiento de Benoit, le oía pronunciar estas palabras: «¡Ay, madre mía! ¡Mi pobre madre!» Yo veía el lado opuesto de la sociedad, las llagas de la humanidad y las horribles máquinas que hacen mover este mundo.

Estoy agradecido a los literatos, grandes partidarios de la libertad de imprenta, que en otro tiempo me habían tomado por su jefe combatiendo bajo mis órdenes: sin ellos habría abandonado la

vida sin saber lo que era la prisión, y me habría faltado esta prueba. Reconozco en esa delicada atención el genio, la bondad, la generosidad, el honor, el valor de los hombres de pluma en los empleos. Pero, en último resultado, ¿qué es esa corta prueba? El Tasso pasó varios años encerrado en un calabozo, ¿y había yo de quejarme? No, no tengo el necio orgullo de medir mis contrariedades de algunas horas con los prolongados sacrificios de las inmortales víctimas, cuyos nombres ha conservado la historia.

Además, yo no era desgraciado: el genio de mis grandezas pretéritas y de mi gloria de treinta años no se me apareció; pero mi musa de otro tiempo, pobre e ignorada, vino a abrazarme radiante por mi ventana: estaba satisfecha de mi misión, y completamente inspirada, y me encontraba como me había visto en mi miseria en Londres cuando los primeros sueños de René vagaban en mi cabeza. ¿Qué íbamos a hacer la solitaria del Pindo y yo? ¿Una canción como las de ese pobre poeta Lovelace, que en las prisiones de los Comunes de Inglaterra cantaba a su amo, el rey Carlos I? No, la voz de un preso me hubiera parecido de mal agüero para mi pequeño rey Enrique V: del pie de los altares es de donde deben entonarse himnos al infortunio. No canté, pues, la corona caída de unas sienas inocentes, y me contenté con lamentar una corona blanca también colocada sobre el ataúd de una joven: me acordé de Elisa Frisell, a quien había visto enterrar el día antes en el cementerio de Passy. Empecé algunos versos elegíacos de un epitafio latino; pero me encontré atascado en la cantidad de una palabra: me bajé en seguida de la mesa, sobre que estaba subido, apoyado contra los hierros de mi ventana, y corrí a llamar con fuertes puñetazos a la puerta. Las cavidades inmediatas resonaron, y subió asustado el carcelero, acompañado de dos guardas: abrió mi calabozo y le grité como hubiera hecho Santeuil: «¡Un Gradus, un Gradus!» El carcelero guiñaba los ojos, y los gendarmes creían que yo revelaba el nombre de algunos de mis cómplices: de buena gana me habrían aplicado sus cuerdas. Me expliqué, al fin, di dinero para comprar el libro, y fueron a pedir un Gradus a la policía asombrada.

Mientras que se ocupaban en mi comisión, volví a subir sobre mi mesa, y cambiando de idea en aquel trípode, em-

pecé a componer estrofas sobre la muerte de Elisa; pero en medio de mi inspiración, a eso de las tres, penetraron en mi celdas dos dependientes del juzgado, y me aprehendieron en las orillas del Permesso para conducirme a presencia del juez de instrucción que actuaba en una habitación obscura, enfrente de mi calabozo al otro lado del patio. El juez, joven golilla, presumido y entonado, me hizo las preguntas de estilo acerca de mi nombre, apellido, edad y domicilio. Me negué a contestar y firmar nada, no reconociendo la autoridad política de un gobierno que no tenía a su favor ni el antiguo derecho hereditario ni la elección del pueblo, puesto que Francia no había sido consultada ni se había reunido congreso alguno nacional. Fui de nuevo conducido a mi ratonera.

A las seis me llevaron comida, y yo continué volviendo y revolviendo en mi cabeza los versos de mis estancias, improvisando de vez en cuando un aire que me parecía encantador. Mi esposa me envió un colchón, una almohada larga, sábanas, una manta de algodón, velas y los libros que yo leía por las noches. Arreglé mi celda, y sin dejar de cantar:

Baja el féretro y las rosas purísimas,

quedó terminado mi romance de la joven y el capullo:

«Baja el féretro y las rosas purísimas que un padre colocó sobre él, como tributo de su dolor; ¡oh tierra! tú las llevaste, y ahora ocultas a la joven y al capullo.»

«¡Ay! No las vuelvas jamás a este mundo profano, a este mundo de luto, de agonía y desgracia: el viento quiebra y marchita, el sol quema y marchita a la joven y al capullo.»

«¡Tú duermes, pobre Elisa, tan ligera de años! Y ya no sientes la pesadez y el calor del día: ¡ya habéis acabado vuestras frescas mañanas, joven y capullo!»

«Pero tu padre, Elisa, se inclina sobre tu sepulcro; la palidez de tu frente se ha comunicado a la suya. ¡Vieja encina!... el tiempo ha segado sobre tus raíces a la joven y al capullo.»